

*Reflexiones generales sobre la continuacion de la religion, y sobre la relacion que tienen entre sí los libros de la Escritura.*

Esta Iglesia; siempre atacada y jamas vencida; es un milagro perpétuo, es el más brillante testimonio de la inmutabilidad de los juicios de Dios. En medio de la agitacion de las cosas humanas, y de las vicisitudes y trastornos que experimentan los estados, ella se sostiene siempre con una fuerza invencible, de manera que por una série no interrumpida de cerca de diez y nueve siglos la vemos remontarse hasta Jesucristo, en el que ella ha recogido la sucesion del antiguo pueblo, y hállase reunida y enlazada con los profetas y con los patriarcas.

Por esta razon los asombrosos y prodigiosos milagros que los antiguos hebreos presenciaron con sus propios ojos, sirven todavía hoy para confirmar nuestra fé. Dios que los hizo para dar un testimonio de su unidad y de su omnipotencia, ¿qué podia hacer de mas auténtico para conservar su memoria, que dejar entre las manos de todo un gran pueblo las actas que los atestiguan y consignan redactadas por el orden de los tiempos? Es precisamente lo que tenemos en los libros del antiguo testamento, es decir, en los libros mas antiguos que existen en el mundo; en los libros que son los únicos de la

antigüedad en que se halla enseñado el conocimiento del verdadero Dios, y ordenado el servicio ó el culto con que debe ser adorado; en los libros que el pueblo judío ha tan religiosamente guardado, y de que él es todavía en el dia el inviolable custodio y portador por toda la tierra.

Esto supuesto, ¿podremos dar crédito ni prestar fé á las fábulas estravagantes de los autores profanos sobre el origen de un pueblo tan noble y tan antiguo? Ya hemos observado que la historia de su nacimiento y de su imperio acaba por donde comienza la historia griega; de manera que nada hay que esperar por aquella parte que ilustre ó pueda ilustrar la historia de los hebreos. Es cierto que los judíos y su religion no fueron casi conocidos de los griegos hasta después que sus libros sagrados fueron traducidos á su lengua, y hasta que ellos mismos se esparcieron por las ciudades griegas; es decir, doscientos ó trescientos años antes de la venida de Jesucristo. Era tan profunda entonces la ignorancia de la divinidad entre los gentiles que sus mas hábiles escritores ni aun podian comprender á qué Dios adoraban los judíos. Los mas juiciosos les daban por Dios las nubes y el cielo, porque levantando hácia estos objetos muchas veces los ojos, como á un lugar en que se declaraba con mas evidencia la omnipotencia de Dios, creian que era allí donde tenia establecido

su trono. Además, la religion judáica era tan singular y tan opuesta á todas las demas; las leyes, los sábados, las fiestas y todas las costumbres de aquel pueblo eran tan particulares que no tardaron en concitarse contra sí la envidia y el odio de todos aquellos entre quienes vivian en sociedad. Mirábaseles como una nacion que condenaba á todas las otras. La prohibicion que tenian de comunicar con los gentiles en tantas cosas hacíales tan odiosos como parecian despreciables. La union que entre ellos se veía, las relaciones que mantenian todos tan cuidadosamente con la capital de su religion, es decir, con Jerusalem, con su templo y con sus pontífices, y los donativos que se enviaban allí de todas partes, hacíanles sospechosos; lo que, unido al antiguo odio de los egipcios contra aquel pueblo tan maltratado por sus reyes, y redimido de su tiranía á fuerza de tantos prodigios, dió causa á que se inventáran cuentos inauditos acerca de su origen, á que todos y cada uno los inventasen á su capricho, asi como á que interpretasen sus ceremonias, que eran tan particulares, y que parecíanles tanto más extrañas y extravagantes cuanto que no conocían ni el fundamento ni esencia de ellas, ni el origen de donde procedían. La Grecia, como ya se sabe, era muy ingeniosa para engañarse á sí misma y para distraerse ó divertirse agradablemente, y de esto procedieron las fábulas que leemos en

Justino, en Tácito, en Diodoro de Sicilia, y en los demas autores de igual fecha que han manifestado tener noticias curiosas en la historia de los judíos, no obstante que sea mucho mas claro que la luz del medio dia que ellos escribian sobre voces ó cuentos vagos despues de la interposicion de una larga serie de siglos, sin conocer sus leyes, su religion, su filosofía, sin haber entendido sus libros, y quizá quizá sin haberlos abierto jamas. Sin embargo, á pesar de las calumnias y de la ignorancia, será tenido por constante que el pueblo judío es el único que ha conocido desde su origen al Dios criador del cielo y la tierra; el único por consiguiente que debe ser el depositario de los secretos divinos. Y los ha conservado en efecto con una religiosidad sin ejemplo. Los libros que los egipcios y los demas pueblos llamaban divinos, hace ya mucho tiempo que se han perdido, y apenas queda de ellos una memoria confusa en las historias antiguas. Los libros sagrados de los romanos, en que Numa, autor de su religion, habia escrito sus misterios, perecieron por las manos de los mismos romanos, y el senado los mandó quemar por descubrirse en ellos una tendencia á trastornar ó destruir la religion. Los mismos romanos dejaron al fin que periciesen los libros sibilinos, reverenciados por ellos por tan largo tiempo como proféticos, y en los que querian

que se creyese que ellos encontraban los decretos de los dioses inmortales acerca de su imperio, sin haber jamas mostrado al público, no digo un solo volumen, pero ni aun un solo oráculo. Los judíos han sido los únicos cuyas escrituras sagradas hayan sido tanto mas veneradas cuanto mas conocidas se han hecho. De todos los pueblos antiguos son el único pueblo que ha conservado los primitivos monumentos de su religion, no obstante de ser otros tantos testimonios de acusacion de su infidelidad y de la de sus antepasados. Y aun en el dia mismo este pueblo existe sobre la tierra para difundir por las naciones por donde se halla dispersado, con la continuacion de la religion, los milagros y las predicciones que la hacen indestructible é invariable.

Luego que Jesucristo vino al mundo, enviado por su Padre para cumplir las promesas de la ley, confirmó su mision y la de sus discipulos con nuevos milagros, que han sido tambien escritos con la misma exactitud. Las actas en que se hallan consignados se han publicado por toda la tierra, y en ellas se espresan las circunstancias de los tiempos, los lugares en que se ejecutaron, y las personas que intervinieron: por cuya razon fue fácil el exámen á cualquiera por poco cuidadoso que fuese de su salvacion. El mundo se informó, el mundo creyó; y por poco que se pare la consideracion en los monu-

mentos antiguos de la Iglesia, es menester confesar que jamas se ha hallado expediente ninguno con mas reflexion y conocimiento.

Pero en la relacion que tienen entre sí los libros del antiguo y nuevo Testamento, hay que tener presente una diferencia; y es, que los libros del antiguo pueblo fueron compuestos en diferentes tiempos. Unos son los tiempos de Moisés, otros los de Josué y de los Jueces, y otros los de los Reyes: otros aquellos cuando el pueblo fue sacado de Egipto, y cuando recibió la ley, otros cuando conquistó la tierra prometida, y otros, en fin, cuando fue restablecido en ella por milagros evidentes. Para convencer la incredulidad de un pueblo apegado á los sentidos, Dios se tomó una larga série de siglos durante los que distribuyó sus milagros y sus profetas, para renovar con frecuencia los testimonios sensibles por medio de los que justificaba y confirmaba sus santas verdades. En el nuevo Testamento siguió otro plan de conducta. No quiere revelar nada de nuevo á su Iglesia despues de lo que la ha revelado Jesucristo. En él está la perfeccion y plenitud; y todos los libros divinos que se han compuesto en la nueva alianza lo han sido en tiempo de los apóstoles.

Es decir, que el testimonio de Jesucristo, y de los que el mismo Jesucristo se dignó elegir por testigos de su resurreccion, ha bastado á la Iglesia cristiana. Todo lo que ha sucedido des-

pues ha servido para edificarla, y la ha edificado; pero ella no ha mirado como puramente inspirado por Dios mas que lo que los apóstoles han escrito, ó lo que han confirmado por su autoridad.

Pero en la diferencia que se encuentra entre los libros de los dos Testamentos, ha guardado Dios siempre este orden admirable, de hacer escribir las cosas en los tiempos en que han sucedido, ó en que su memoria estaba mas reciente. De consiguiente las han escrito los que las sabian; y los que las sabian tambien han recibido los libros en que se hallaban consignadas y escritas: asi unos como otros las han dejado á sus descendientes como un legado precioso; y la piadosa posteridad las ha conservado.

Asi es como se ha formado el cuerpo de las sagradas Escrituras tanto del antiguo como del nuevo Testamento: las Escrituras que se han mirado desde su origen como verdaderas en todo, como dadas por el mismo Dios, y que se han conservado tambien con tan religioso escrúpulo, que no se ha creido poder alterar un solo ápice en ellas sin cometer un atentado de impiedad.

Asi es como han llegado hasta nosotros siempre santas, siempre sagradas y siempre inviolables; conservadas las unas por la constante tradicion del pueblo judío, y las otras por la tradicion del pueblo cristiano, tanto mas cierta cuanto que ha sido sellada con la sangre y

ratificada con el martirio tanto de los que escribieron los divinos libros, como de los que los han recibido.

S. Agustin y los demas padres preguntan en fé de quién atribuímos los libros profanos á determinados autores y fijamos el tiempo en que fueron escritos. Y todos respondemos inmediatamente que los libros se distinguen por las relaciones que tienen con las leyes, con las costumbres, y con la historia de una determinada época ó tiempo, por el estilo que imprime el caracter de las edades y de los autores particulares; y mas que todo por la fe pública y por una tradicion constante. Todas estas condiciones concurren para establecer los libros divinos, para distinguir y conocer los tiempos en que fueron escritos, y para conocer y señalar los autores que los escribieron; y cuanto mayor ha sido la religion con que se han conservado en su integridad, mas incóntestable aparece la tradicion que nos los conserva.

Asi ha sido reconocida siempre, no solo por los ortodoxos, sino tambien por los hereges, y aun por los mismos infieles. Moisés ha pasado siempre en todo el Oriente, y despues en todo el universo, por el legislador de los judíos, y por el autor de los libros que se le atribuyen. Los samaritanos, que los recibieron de las diez tribus separadas, los han conservado con tanta

religiosidad como los judíos: su tradicion y su historia es constante, y no es menester mas que repasar algunos pasages de la primera parte para cerciorarse de todo lo que sigue.

Dos pueblos tan opuestos entre sí no tomaron uno de otro los libros divinos; los dos los recibieron de su origen comun desde los tiempos de Salomón y de David. Los antiguos caracteres hebreos, que los samaritanos conservan todavía, son prueba bastante para hacer ver que no siguieron á Esdras que los cambió. Así el Pentatéuco de los samaritanos y el de los judíos son dos originales completos, independientes el uno del otro. La perfecta conformidad que se ve en ellos en la esencia del testo justifica la buena fe de los dos pueblos. Son unos testigos fieles que estan conformes sin haberse entendido, ó, por mejor decir, que se hallan conformes no obstante las enemistades que reinaban entre ellos, y á quienes la sola tradicion inmemorial de una y otra parte les ha hecho concordar en un mismo pensamiento.

Los que han querido decir, aunque sin razon ninguna, que habiéndose perdido estos libros, ó no habiendo jamas existido, han sido ó restablecidos, ó compuestos de nuevo, ó alterados por Esdras, ademas de ser desmentidos por el mismo Esdras, lo son tambien por el Pentatéuco, que se encuentra todavía en el dia en manos de los samaritanos tal como lo ha-

bian leído, en los primeros siglos, Eusebio de Cesárea, S. Gerónimo y los demas autores eclesiásticos; tal como aquellos pueblos lo habian conservado desde su origen; y una secta tan debil y pequeña parece que solo dura por tan largo tiempo para dar este testimonio de la antigüedad de Moisés.

Los autores que escribieron los cuatro Evangelios no reciben un menor ni menos seguro testimonio del consentimiento unánime de los fieles, de los paganos y de los hereges. Este gran número de pueblos diversos, que recibieron y tradujeron estos libros divinos tan inmediatamente como fueron publicados, convienen todos en la fecha con que fueron escritos y en los autores á quienes se atribuyen. Los paganos no han contradicho esta tradicion. Ni Celso, que atacó estos libros sagrados casi en el origen del cristianismo, ni Juliano el Apóstata, á pesar de que nada haya ignorado ni omitido de cuanto pudiera desacreditarlos, ni ningun otro pagano, han sospechado jamas que pudieran ser apócrifos: sino que muy al contrario, todos les han dado por autores á los mismos á quienes los cristianos se los han atribuido. Los hereges, aunque estrechados por la autoridad de estos libros, no se han atrevido á decir que no fuesen de los discípulos de nuestro Señor: y aun ha habido entre estos hereges algunos que han visto los principios de